



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas

(José Mesejo.)



—Sé mucho y valgo mucho.
¡Y digo si sabré,
cuando los del oficio
me llaman don José!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—«La Chirlos», por Eduardo Bustillo.—Carta larga... y estrecha, por Juan Pérez Zúñiga.—Un asno blanco, por Eduardo de Palacio.—Bagatelas, por Luis de Ansorena.—Patología moral, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: José Mesejo.—Degeneración.—Un asno blanco (once viñetas).—Unión ante el peligro (dos viñetas).—Los vidrios rotos (cuatro viñetas), por Cilla.



Leo en un periódico una noticia horrorosa.

Un padre de buena posición fué sorprendido días pasados, en no sé qué pueblo, martirizando á un pobre hijo suyo, á quien había colocado sobre unas parrillas á la lumbre. ¡Y todo por el enorme delito de no

haber estudiado la lección de geografía!

Hay padres para todo. Unos tuestan á sus niños, y otros los desloman á garrotazos; mañana sabremos que un matrimonio de costumbres sencillas se ha comido con patatas á un hijo suyo, mantecoso y tierno.

Asombra y regocija, al propio tiempo, el ver cómo se van endulzando las costumbres privadas y cuán amorosamente cumplen su misión algunos padres de familia.

Hay quien trata á su prole con una dulzura encantadora.

—Venga usted acá, so granuja. ¿De dónde sale usted?

—Del colegio, papá.

—¿Se ha sabido usted la lección?

—Sí, señor.

—Ponga usted los pies encima de la mesa, para que vea yo esas botas.

El chico obedece sin chistar.

—¡Pillo!—grita el padre sacudiendo mojicones.—¡Toma, toma! ¿Son ésas las botas que te compré en Diciembre del año pasado? Tú me quieres arruinar, grandísimo infame... ¡Toma, toma!

El niño rompe á llorar con desconsuelo.

—No llore usted, que van á oír los vecinos.

Y al decir esto, el cariñoso padre descarga sobre las costillas de la infeliz criatura seis ó siete puñetazos más.

En esto aparece la madre, que es una señora gruesa, ventruda, con un vestido tornasolado cubierto de lamparones y la cabeza enmarañada como la manigua de Cuba.

—Vaya, Manolo—dice á su marido,—no le pegues más. Mira cómo le has puesto las narices.

—Hasta que le desuelle vivo no he de parar. Desnúdese usted, granuja.

El chico se quita la ropa en un santiamén y va á sentarse sobre la cama sollozando en silencio.

—Ahí te vas á estar ocho días castigado, porque eres un des-trozón y un sucio.

La mamá hace un signo de asentimiento, como dando á entender que ella es muy limpia, y al propio tiempo se recoge un pingo de la falda, sujetándole con un alfiler, en prueba de pulcritud y aseo. El papá, que es un sucio de marca mayor, coge á su vez una punta del tapete de la camilla y se limpia el barro de las botas diciendo con orgullo:

—¡No me ves á mí, que llevo este calzado hace quince días y parece que acaba de salir de la tienda!...

De donde resulta que estos papás, gorrinos de suyo, exigen á su prole lo que ellos no practican de ninguna manera.

Pero... «contra un padre no hay razón».

Hay mamás golosas hasta el extremo de lamer el molinillo del chocolate; pero en cuanto ven á un hijo suyo que mete los dedos en el azucarero, montan en cólera y le quieren matar allí mismo.

—¡Goloso, bribón! Deja ese azúcar, que te voy á romper un hueso. ¿Á quién sales tú, picaronazo?

—No le pegue usted dice una vecina que suele ir á pasar las tardes al lado de la mamá.

—Es que no hay nada más feo que una persona golosa. Yo no sé á quién salen estos condenados de hijos.

—Pues á ti bien te gusta el azúcar—replica uno de los chicos.

—¿Á mí? ¡Jesús, qué lengua viperina! ¿Ha oído usted, señora?

—Cosas de criaturas.

—Sí, sí—añade el muchacho,—tú siempre tienes merengues en los bolsillos y te los comes en la despensa para que no te vea papá.

Enfúrcese la madre y tira á la cabeza del chico el cesto de la costura; la vecina trata de poner paz, pero no lo consigue.

—¡Decir que yo como merengues! ¡Ya te ajustaré las cuentas, maldito de cocer!

—No haga usted caso—dice la vecina.

En cuanto ésta se descuida, la mamá se arroja sobre el chico, soplándole tres metidos en un costado y tres en el otro.

Y al día siguiente vuelve á ocultarse en la despensa, según costumbre, y á devorar las golosinas, sin perjuicio de pegarle otra paliza á su chiquitín porque ha metido la mano en el azucarero.

*
**

Esto de ser padre es cosa más difícil de lo que parece. Todos, en el hecho de tener hijos, se consideran autorizados para hacer de ellos lo que les dé la gana, y hay alguno que dice:

—¿Qué? ¿No es mi hijo? Pues puedo disponer de él á mi antojo.

—¡Quiá, no señor!—se le contesta.

—¿Que no? ¿No le he dado yo el ser? ¿No es mío? Pues si se me mete en la cabeza, lo cojo y lo mato. Esto no tiene vuelta de hoja.

Lo que no tiene vuelta de hoja es que hay algunos padres que debían estar tirando de una carreta.

Luis Taboada.

★

«LA CHIRLOS»

Pepa *La Chirlos* la llaman; por *La Chirlos* la conocen, como envidiosas las hembras, enamorados los hombres.

Y no veréis á Pepa enojada con el marido que de sangre fué bautismo y es de guerra ilustre nombre.

Las dos blancas cicatrices hablan en su rostro á voces de lo arriscada que es ella en pendencias y en amores.

Cuchilla de zapatero dió á la Pepa el primer golpe, por celos *mal reprimidos* de un corazón en prisiones.

Su amor primero, el más firme, dejó esa huella, aunque innoble, recuerdo eterno de vivas juveniles ilusiones.

La otra cicatriz, más honda, vino de mano más torpe; de una rival que tiraba á hacer lo hermoso deforme;

envidiosa de aquel gancho que en dos hoyuelos se esconde para robar por sorpresa varoniles corazones.

Ni los chirlos la hermosura de la Pepa descomponen, ni en ella el valor acorta el recuerdo de los cortes.

Al hombre adora «La Chirlos», pero ha de ser fiero el hombre, y el pobre al rico prefiere si es más arrojado el pobre.

Ella vive... de su industria; mas no hay chulo que la explote, ni *usía* que la deslumbre, ni autoridad que la domé.

No sabe leer «La Chirlos», aunque malas lenguas corren que anduvo ya con *cartilla* andar en malos trotes.

Las aguas son de envidiosas, que de rasga y rompe que Pepa codician la li... a y el buen porte.

Esas son las que la adulan cuando ella en facha se pone, y tercia el mantón y escupe por ver si alguna la tose.

Madrileña neta y brava que todo Madrid conoce: por nombre de pila, Pepa, y «La Chirlos» por renombre.

Eduardo Bustillo.

★

Degeneración.



—Mialos, mialos; esos son los conquistadores del mundo, que ahora no hacen más que entretenerse leyendo los partes...

Carta larga... y estrecha.

No esperes, querido Sinesio Delgado, los versos que todos los jueves te mando, que en este momento regreso del campo y estoy como un libro desencuadernado. He estado en la feria que el nueve de Marzo ha habido, lo mismo que todos los años junto á unas monjitas (1) que viven rezando y haciendo bizcochos de harina y de encargo, y son tan austeras que tienen aislado su claustro materno. (¿Te asombras acaso? ¿No son ellas madres? ¿No es de ellas el claustro? Materno es entonces, y no disparato.) Pues bien, se ha lucido la feria de hogaño. ¿Que te hable algo de ella? ¡Lo estoy deseando! Espléndida tarde. Calor de cien grados. Un sol que al Pegote

le gana picando. Muchísimas gentes de pueblos cercanos con júbilo llegan á pie y en caballos, galeras, berlinas, *hominibus*, asnos, landós, bicicletas, tartanas y carros. Lo mismo, lo mismo que todos los años. Hileras de puestos de ligas, torrados, naranjas, limones, barquillos, cascajo, dedales, navajas, muñecos de barro, pelotas, embudos, pulseras, silbatos, pañuelos, botijos, sartenes y cazos. Botijos de vino, panes asados en forma de ceifos, pequeños y caros. La mar de escabeche de *vankee*. Tinglados con rifas de cosas que nunca tocaron. Almendras tostadas, civiles tostados

y golfos y golfas comiendo y bailando. El titirimundi de todos los años, que al público muestra San Pedro de Abanto, donde entra Narváez corriendo en un jaco detrás de Maceo vestido de charro. Las mismas rosquillas de todos los años, los mismos confites recién barnizados. Señoras muy cursis, muchachas del campo, tostadas de arriba, tostadas de abajo, con moños floridos y llenas de lazos de vivos colores que animan el cuadro, al son de los ecos de pitos y pianos, bandurrias, campanas, relinchos y cantos. Detrás de las rejas, las monjas mirando quizás con envidia

bailar agarrados á mozas y á mozos que sacan á saltos el alma perdida y el traje arrugado. Y algunas *bronquitis*, preludios nefandos de juicios de faltas y morros hinchados. Tal es, mi querido Sinesio Delgado, lo que ha sido, en suma, la feria de hogaño. Se fué el sol del cielo (1), me fuí yo del campo, y he vuelto á mis lares en muy mal estado: sin voz y sin voto, sin ver á Ricardo (2) (que dijo que iría y al fin ha faltado), los pies hechos cisco de tanto mal paso, la bolsa con aire, con aire colado, y el vientre con charcas, de tinto y de blanco... ¡Lo mismo, lo mismo que todos los años!

Juan Pérez Zúñiga.

(1) Convento de Santa Juana, á cinco leguas de Madrid, en el término de Cubas, partido judicial de Getafe, lindando con la provincia de Toledo y á pocos metros sobre el nivel del mar.
Dato importante: la esposa del demandado se llama Aniceta.

(1) Ya sé que el sol no está en el cielo ni acostumbra á irse de ninguna parte. Pero es un decir.

(2) Este Ricardo es el propio autor de *La verbena de la Paloma*.



Caballo blanco denominan, en lenguaje teatral, á cualquier empresario de buena fe y desconocido en los círculos del ramo. Pero cuando el capitalista se echa á empresario con fines amorosos, como se ha dado algún caso, mejor le cuadra el título de «el asno blanco».

No hay que demostrar que el infeliz que se mete á empresario repentino no entiende jota del negocio de teatros.

Ama á una tiple, supongamos, y á ella sacrifica sus intereses, su juventud, si la disfruta—¡la juventud, eh?—«todo cuanto vale cuanto posee»—que dicen en las comedias algunas damas, enamoradas hasta la médula.

Un caballero, mi amigo, se sintió enamorado de una chica «tiple anís».

No era ella modelo por su hermosura y demás prendas de adorno.

Pero conoció que mi amigo estaba loco, y de acuerdo con su tía que la había dado á

—Cuento con una



fos-gata ó desajogá, que canta *Sonámbula*, la *Stella confidente*, la *Stella di rabi*, *El lucero del alba*, *Niña Pancha... Lucrecia*, *Traviatta*, y que declama cuanto se le pida.

—¿A la medida, eh?

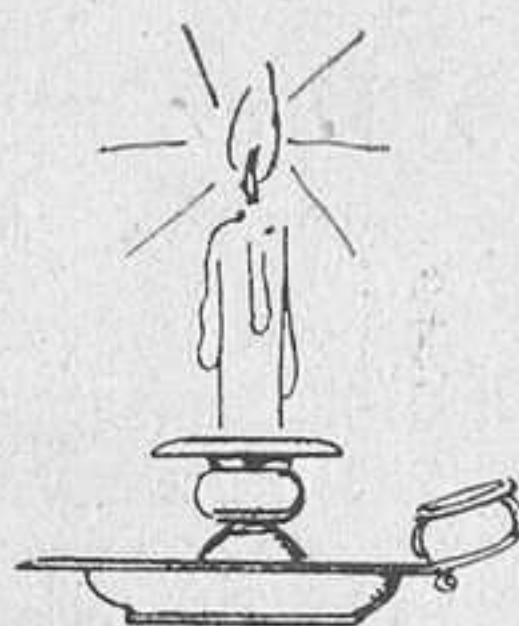
—Cuento con un

italiano, y al par



de su propio natural.

—Tengo contratado — continuó— á un par de



se propuso explotar la pasión del infeliz.

Lo de «darla á luz su tía» entenderán ustedes que es hipóbole.

Quiero decir que la había criado, desde la edad infantil, por que la chica quedó huérfana de todos sus padres, ó sea de padre y madre.

Mi amigo, después de intentar por diversos caminos llegar á la artista y enamorarla, resolvió declararse empresario.

Le dieron en arriendo un teatro que era un *The funeral*, por que tenía más de fúnebre que de teatro.

—Estoy formando—me dijo un día.

Estas palabras me recordaron dos versos de una «oriental», según la titulaba el «poeta», que decían así:

«Déjame, vida mía,
que estoy amando.»

—¿Estás formando castillos en el aire?—pregunté á mi amigo.

—Formando compañía lírica y dramática; me he metido á empresario: en Madrid hasta Carnaval, después en la Mancha, después...

—¿A le Maroc?

—Búrlate, búrlate.

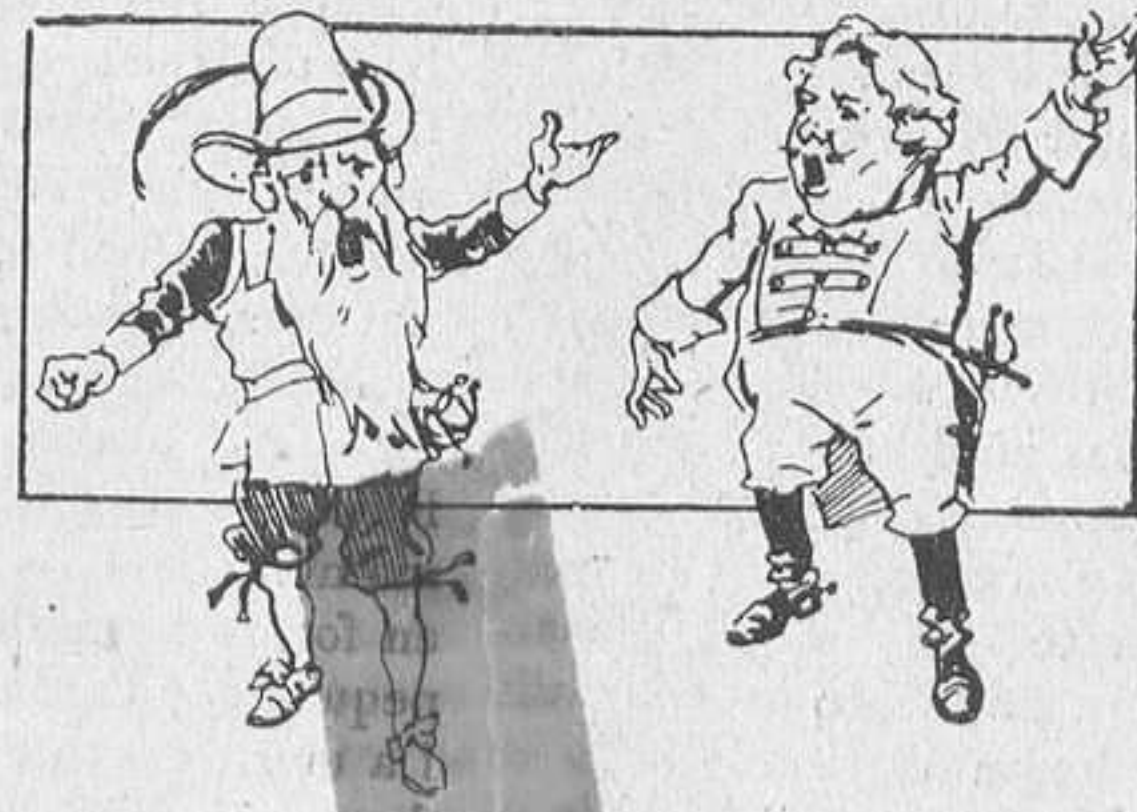
—No, hombre, si no me burlo; el asunto es sobradamente serio. ¿Como que vas á perder el dinero!

—No lo creas, daré verso...

—¿Y prosa?

—Género dramático y género lírico, géneroailable...

—¿Y fusilable?



cantantes y danzantes, sin que, en el caso de inutilizarse los dos, pueda exigirse que salgan otros. Un barítono, desecho de tiente y cerrado; y coro de uno con otro sexo



del conio
of asball
alshnamel

que lo mismo canta la *Casta diva* que el *Ave María purísima* de Gounod, y *La Paloma* lo mismo que *La Lola* ó cualquier obra de actualidad.

—¿Y en obras?

—En obras, de todo: *Miel de la Alcarria*, *Mostillo manchego*, *Arrope de la Mancha*, *Infantería rusticana* y género chico.

—Ya sé yo que se necesita



para aventurarse en una empresa—añadió mi amigo.—Pero estoy enamorado de ella.

—¡Ya!

—Esa mujer me tiene perturbado.

¡Pobrecillo! Era esclavo de aquella tiple.

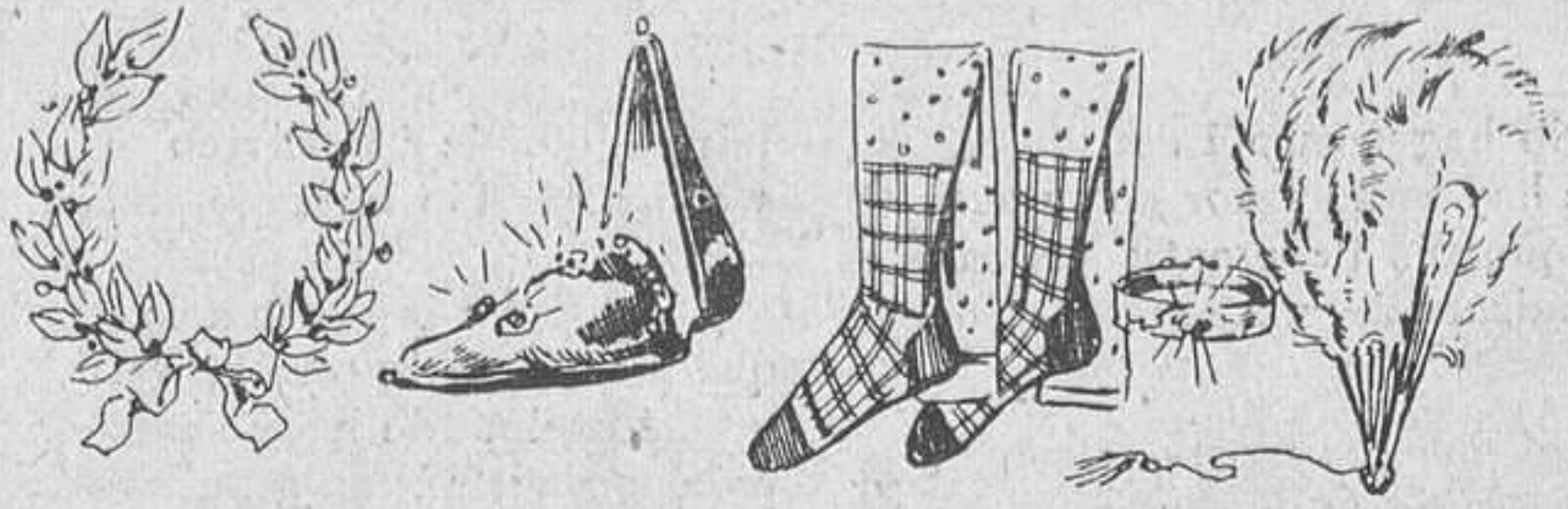
Hasta con el segundo apunte «se peleó» porque no daba á punto las salidas á la señorita.

La temporada se pasó en un grito, no solamente por los de la tiple, sino por el sinnúmero de «broncas diarias» en el vestuario.



Llegó la noche del beneficio de la tiple.

El cuarto de la simpática Elvira se llenó de «ojeptos» de valor y de capricho, «regalos de sus infinitos apasionados».



Hasta esa noche no conoció mi amigo la importancia de su conquista.

Entraban los abonados como moscas en el cuarto de la tiple. Mi amigo, para distinguirse, envió á Elvirita un cofrecito, no de ilusiones, sino relleno de billetes de Banco y otras golosinas.

¡Infeliz!

Cuando quedó limpio de dinero, me decía con



—No hay amor tan temible como el de una tiple... que no corresponde.

—Hay más allá—objetó un señor que oyó la queja.

—¿Qué?—preguntó mi amigo.

Y el hombre, ó el individuo, respondió:

—Amar á un galán joven ó á un tenorino, sin esperanzas.

—¿Sin esperanzas de que valga con el tiempo dos pesetas?

—No, señor; sin esperanzas de ser correspondido.

—¡Qué barbaridad!

Eduardo de Palacio.

Unión ante el peligro.



Los ministeriales.—Mucha calma, mucha prudencia; la energía no debe desplegarse hasta el último extremo...



—¡Anda con ellos! ¡Sus! ¿Que te injurian, que te escarnecen, que te soliviantan... Si ahora no tienes energía estás perdido.

Bagatelas.

No hagas caso á esa mujer,
que hay tanto amor en su acento
porque aún tiene entre sus labios
la dulzura de mis besos.

No debe nunca un celoso
quejarse de su desdicha...
Aunque á medias, es feliz,
porque duda *todavía!*

Tocan á gloria en el cielo
tan sólo en dos ocasiones:
¡cuando se mueren los niños
y cuando lloran los hombres!

Dicen que el amor es luz,
y yo dudo que lo sea:
¡no comprendo resplandores
que ponen el alma negra!

¡Mire usted si estará loca,
que la besé en la mejilla
y me presentó la boca!

Cuando vengas á mi casa
quítate el escapulario,

porque ofende á lo divino
y mortifica á lo humano.

Dije, al ver la resistencia
que me hiciste la otra tarde:
«¡Qué lástima de hermosura
para una virtud tan grande!»

Cuando te cubrió la tierra
me alejé del cementerio...
¡Un muerto dejaba en él
y me llevaba otro muerto!

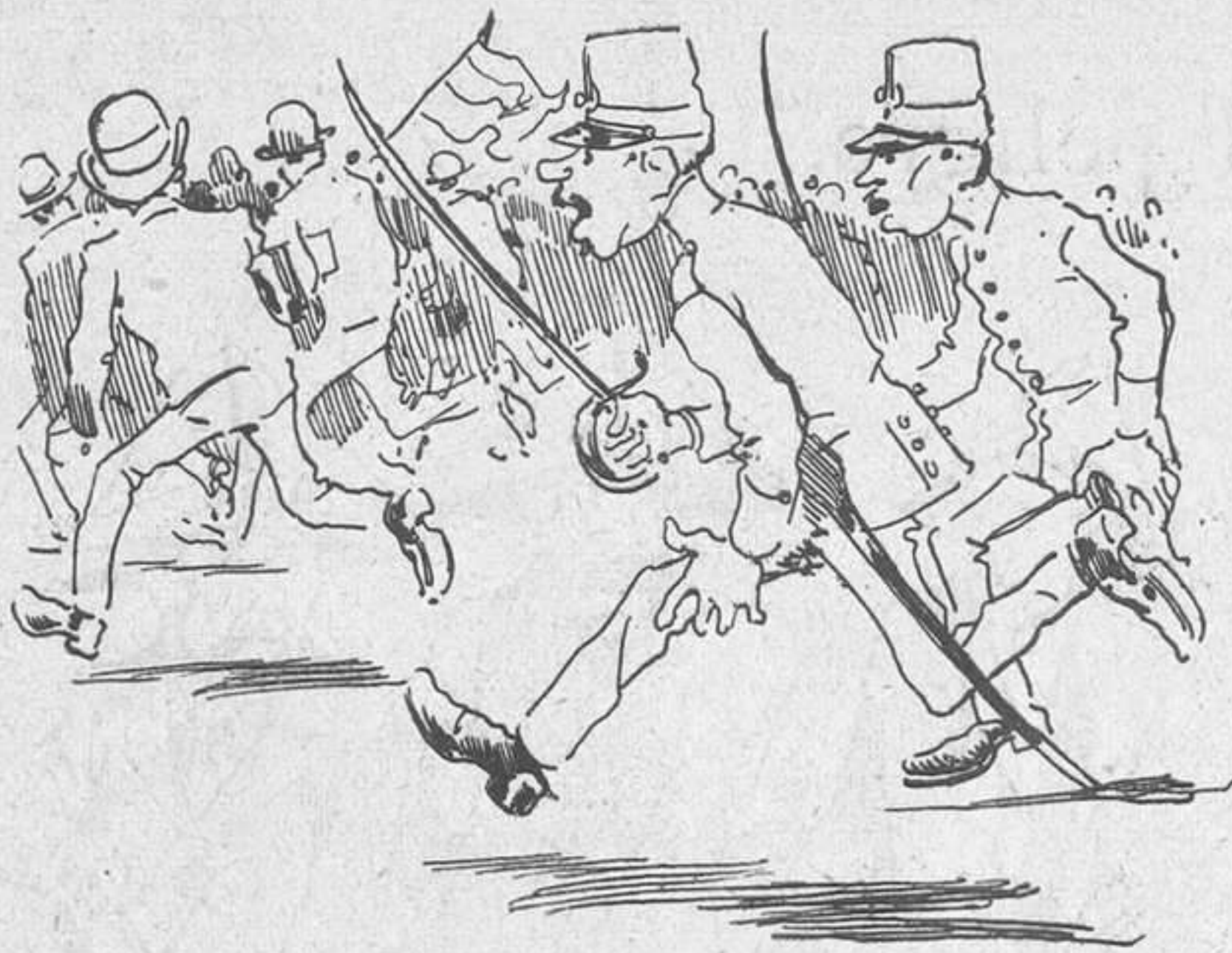
Antes, algo pecadora
eras el encanto mío...
¡Pero, la verdad, ahora
tanta virtud me da frío!...

Desde la tarde en que tú
no resististe á mi afán,
Dios se tapó los oídos
cuando empiezas á rezar.

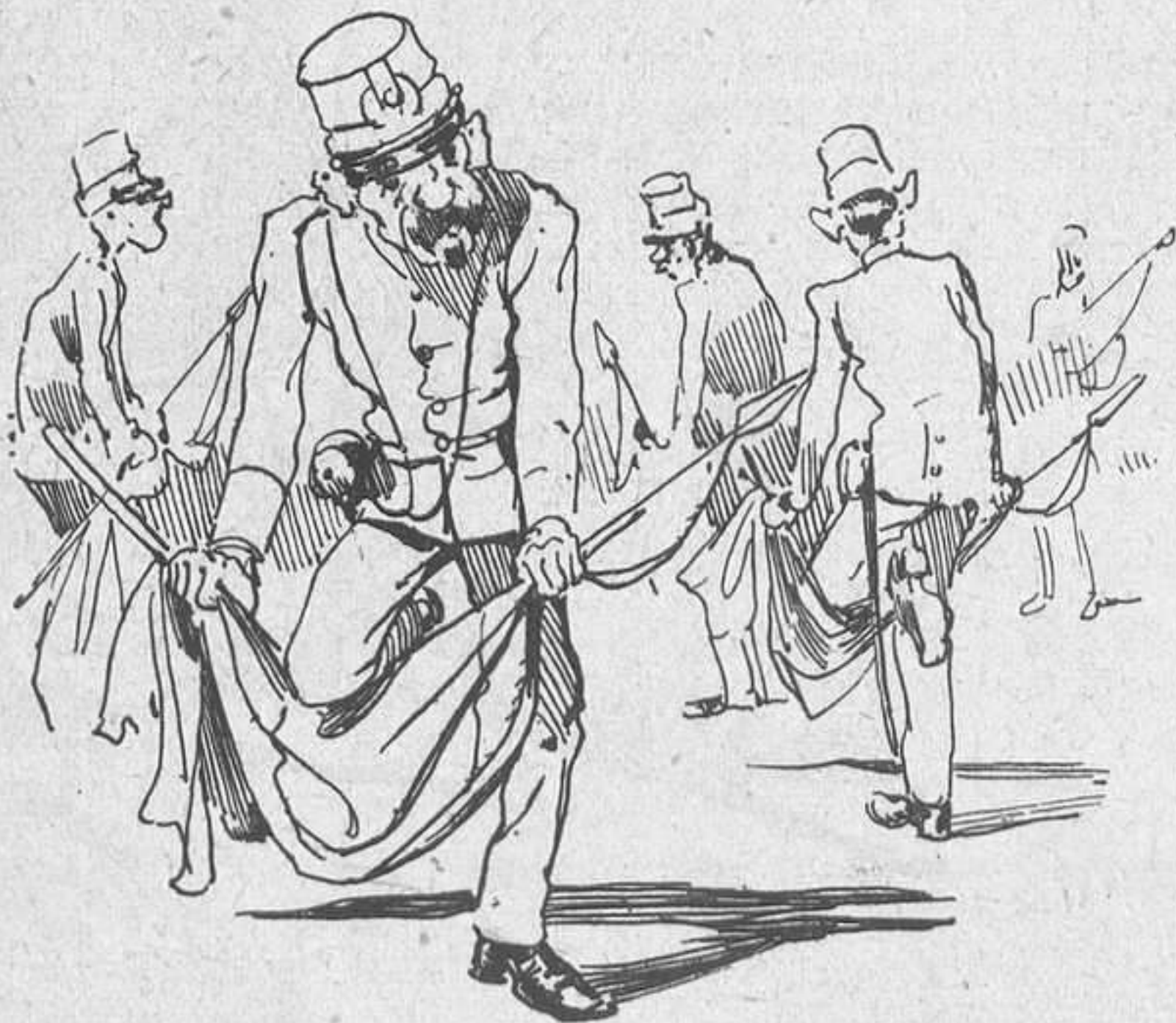
No dudo que fuera un ángel,
pero ya no sigue siéndolo,
¡que yo he quemado sus alas
con el calor de mis besos!

Luis de Ansorena.

Los vidrios rotos.



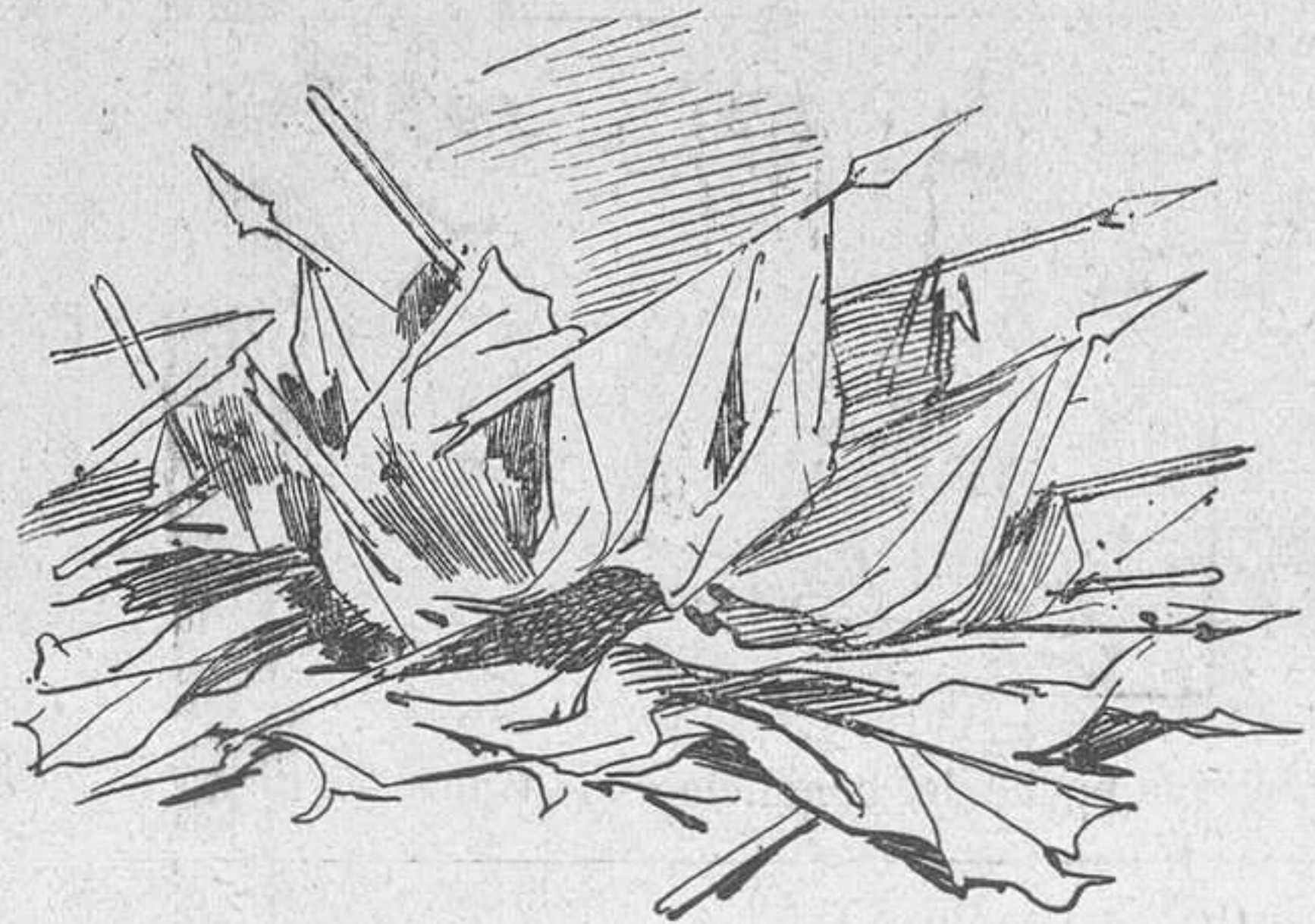
Si al grito de «¡Viva España!»
la multitud se alborota,



la policía hace añicos
la bandera gualda y roja.



En los Estados Unidos,
en son de ludibrio y mofa,
las turbas rompen ó queman
nuestras enseñas gloriosas.



Y de ese modo el conflicto
entre América y Europa
se reduce á hacer pedazos
las banderas españolas.

Patología moral.

Se moría Julián. La pulmonía
iba á ganar al fin el empeñado
combate desigual. El desgraciado
no tenía remedio, se moría.

Un niño como un sol, ¡ángel del cielo!
reclinado en la almohada pingajosa,
contemplaba asombrado aquel anhelo
de la respiración lenta y penosa,
y apartándose á veces de la almohada
dirigía á su padre una mirada
que quería decir: «Lucha, sé fuerte,
que aunque viniera el ángel de la muerte,
mientras esté yo aquí, no te hará nada».

Y el pobre moribundo,
que sabía de fijo
que quedaba aquel hijo
débil y abandonado en este mundo,
traía á la memoria
su vida accidentada, triste, oscura,
dedicada á la pobre criatura,
que era todo su amor, toda su gloria.
Años enteros de trabajo rudo,
largos días sin pan, noches sin sueño,
para que su pequeño
nunca estuviera hambriento ni desnudo.
¿Y para qué? Para caer vencido
en la cruel y despiadada guerra,
dejando al ser querido
solo, sin fuerzas, sin sostén, ¡perdido
en el páramo inmenso de la tierra!

Poco á poco marcaba la agonía
en las facciones de Julián su sello.
Iba á triunfar al fin la pulmonía...
mas ¿quién podrá saber si se moría
de pulmonía, ó de pensar en ello?

Sinesio Delgado.



CHISMES Y CUENTOS

Como *El Imparcial* tiene muchas pesetas (sendas, que diría Cavia) para gastarlas en honor de la patria, ha puesto

mil á la disposición del poeta que haga la mejor letra para la conocida marcha de la zarzuela *Cádiz*.

Desde que el ministro de la Guerra, en la imposibilidad de averiguar dónde estaba Maceo, se dió á buscar al autor de la célebre marcha para otorgarle una cruz, parece que nos hemos vuelto locos un buen número de españoles.

Eso sí, los autores de la música, aunque con trabajo, han sido habidos y premiados.

Pero había que buscar letra, y para eso han venido oportunamente *El Imparcial* con mil pesetas y Burgos con un bronce artístico.

Y digo Burgos, aunque los del bronce son varios, porque en éste es más señalado el sacrificio.

Como miembro del jurado que ha de otorgar el premio, parece parodiar á un conocido anunciante diciendo:

MIL PESETAS SE DAN y un bronce artístico al que presente unas cápsulas de sándalo mejores que las mías, ó una letra superior á la que yo he compuesto.

Pero vamos á las condiciones del concurso:

En primer lugar, el himno ya no se llama himno, para que no se enfade Urrecha; ni marcha, para no darle gusto á este mismo señor: se llama canto.

Y ¿por qué se llama canto?

Oigamos á *El Imparcial*: Porque himno implica mayor solemnidad y tal vez no dejase á la inspiración del poeta toda la holgura apetecible en este caso.

Y es verdad.

La inspiración anda más holgada cuando se trata de cantos que cuando se trata de himnos nacionales.

En lo solemne no hay inspiración posible.

¡Dios mío! ¡Habrá dicho eso Núñez de Arce, presidente del jurado?

¡Por esas teorías me mandan á mí tantos vates del reino versos inspirados en la vecinal!

Pero hay otra razón que también aduce *El Imparcial*.

Eso se llamará *canto patriótico* y no himno, con el fin «de dejar á los poetas la mayor libertad de dar á la letra toda la expresión genuinamente popular que tiene la melodía».

Como se ve, hay muchas diferencias entre la letra de un himno y la de un canto.

En lo que no hay ninguna es en la música.

Por que ¿qué melodía es esa que un día se le llama *himno*, y al otro *canto*, y al otro *marcha*, y para todo sirve?

Pero la mejor de todas las condiciones es la quinta; dice:

«La letra habrá de escribirse con toda claridad.»

Muy bien; lo primero, que se entienda.

«... en papel...»

O en tela, hubiera añadido yo, para que, por lo menos, tuviera pañuelos el jurado según la última moda.

«... pautado...»

¡Hombre! ¿por qué? ¿Y el que sepa escribir derecho sin falsilla?

«... bajo el pentágono en donde se transcriba la melodía de *Cádiz*, que puede verse adjunta.»

Pero ¡calle! ¿El autor de la letra tiene que saber música?

¡Pues como no resucite algún trovador de aquellos que se componían la música y la letra, nos quedamos sin himno ó sin canto!

Porque con decir que hay músicos que no saben escribir eso que quiere *El Imparcial*, ¡cómo lo van á hacer los simples vates!

Todo esto revela que *El Imparcial* tiene muchas pesetas (sendas, que diría Cavia), pero que carece de un alma caritativa, que le diga cómo se hacen en el mundo los himnos, los cantos, los cantables, las cantatas y los cantares.

Primero se hace la letra.

Luego se hace la música.

Y después se toca y se canta, y si se quiere se baila.

Pero no es posible bailar con una música sin hacerla antes.

Ni puede estar inspirada en una letra sin que la letra exista.

Verdad que esto se puede hacer al revés.

Pero es por el procedimiento sencillo que, según un andaluz, se emplea en Sevilla para hacer cañones, y que es éste:

—Se coge un *bujero* muy largo que se *yama* ánima, se le forra de acero, y ya está.

Lo que resulta es que los cañones hechos así no suelen servir.

Ni los himnos tampoco.

Me parece estar presenciando una sesión *previa* del jurado:

CAVIA.—Señores, me he tomado la libertad de reunir á ustedes para...

TODOS.—Ya lo sabemos; no te molestes, Mariano.

CAVIA.—Es que... la verdad, como ya saben ustedes que *El Imparcial* es el periódico de mayor circulación de...

TODOS.—Sí, sí; por eso hemos venido precisamente.

BRETÓN.—Ea, si á ustedes les parece bien, vamos á tratar de algo práctico.

BURGOS.—Á propósito de prácticos. Uno del puerto de Cádiz me dió á mí la idea para *La Boronda*. Íbamos una noche por la calle del Sacramento, tres años y cuatro días antes del estreno de *Los valientes*...

RAMOS.—Javier, ¡por Dios, que nos lo has contado muchas veces!

BURGOS.—¿De veras? Bueno, bueno; sigan ustedes.

NÚÑEZ DE ARCE.—Señores, yo creo que los *peritos* músicos...

CHAPI Y BRETÓN.—Nosotros no tenemos que hacer más que ver, oír y hacer así con la cabeza. (*Moviéndolas de arriba abajo*.) Estando los autores...

PALACIO.—¿Qué dice usted, Chueca?

CHUECA.—Pues yo creo que la cosa es muy sencilla, ¿me comprende usted? Porque con hacer un *monstruo*...

PALACIO.—¿Y usted, Valverde?

VALVERDE.—Yo... lo que diga Federico.

RAMOS.—Los monstruos ya los mandarán los poetas ellos solitos.

CHUECA.—Estoy con aquí.

BURGOS.—A propósito de monstruos. El casero que yo pinté en *El vil metal*... ¿se acuerdan ustedes? lo conocimos éste y yo (*por Valverde*) al día siguiente del estreno de *El baile de Luis Alonso*. ¿Verdad, Joaquín?

VALVERDE.—Yo... lo que diga Federico.

BRETÓN.—Bueno, señores. Vamos al asunto.

VALVERDE.—Con permiso de ustedes, opino que debe recomendarse á los que acudan al concurso, si ustedes no se oponen, que cuiden mucho el ritmo, para que haya la debida relación entre la parte armónica y la parte melódica, dicho sea sin ofender á nadie.

CHUECA.—Estoy con aquí.

PALACIO.—Bien, pero todo eso hay que pensarlo despacio y á mí me está esperando Campuzano en el Círculo de Bellas Artes.

CHUECA.—Pues... si se va aquí, nosotros podíamos quedarnos un ratito jugando á la oca.

XAVIER.—Á propósito de ocas...

TODOS.—¡No, no!

XAVIER.—Digo que, á propósito de ocas, ¿no sería mejor echar unas manitas?

RAMOS.—Por mí no puede ser, tengo también que retirarme. Estoy ocupadísimo.

TODOS (*asombrados*).—¡Cielos! ¿En qué?

RAMOS (*misteriosamente*).—En dar la última mano á una zarzuela.

CHUECA (*acariciándole*).—¿Al agua, azucarillos y aguardiente?

RAMOS.—¡Quiá, hombre, quiá! Esa está acabada.

CHUECA (*convoyéndosele las alas del corazón*).—Es verdad, no me acordaba de que la teníamos acabada.

TODOS (*con risas comprimidas*).—¡Acabada!

LA SOMBRA DE ARUEJ (*filtrándose*).—Don Miguel, ¿quiere usted un palquito para ver á Frégoli?

PALACIO (*levantándose*).—Conque, señores, quedamos en reunirnos otro día para hacer algo práctico.

BRETÓN.—Sí, sí; algo práctico. (*Poniéndose el gabán de pieles*.) En otra nación cualquiera ya hubieran, habrían ó hubiesen hecho á estas horas algo práctico.

CAVIA.—Conste que *El Imparcial* ofrece mil pesetas...

TODOS.—Bien, Mariano, hijo, ya lo sabemos.

XAVIER (*aparte á Núñez de Arce*).—El que haría, si él quisiera, por supuesto, una letra de buten para el himno éste es Martonfmbznggrandia.

NÚÑEZ DE ARCE (*aguzando el oído*).—¿Quién ha dicho usted?

XAVIER.—Besansón.

Libros:

Nerviosas titula su autor, el distinguido literato mallorquín D. Francisco Antich é Izaguirre, á una colección de cien sonetos, primera de una serie de mil que se propone publicar. Hay en el libro pensamientos felices y rasgos de verdadero poeta.

La Coruña en broma, revista local en un acto y tres cuadros, por *Un aficionado*. Precio 50 céntimos, en la librería de D. Lino Pérez, Real, 43, Coruña.

La suprema voluptuosidad, interesante novelita de D. Enrique Gómez Carrillo, que debe leerse con atención y... sin malos propósitos.

La intrusa, drama en un acto y en prosa, por M. Meterlinck, traducido por D. J. Martínez Ruiz.

Memoria leída en la Junta general de accionistas del Banco de España los días 3 y 8 de Marzo de 1896.

El rompeolas, zarzuela cómica en un acto y en prosa, original de D. Gonzalo Cantó y D. Santiago Arambilet, música del maestro Santamaría, estrenada con aplauso en el Teatro de la Zarzuela.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. L.—Es un poco mediano el romance.

π Boite.—Digo lo mismo, y añado que al verso «cuando veas el cielo azul» me parece que le sobra una sílaba. No lo puedo jurar, porque desde la explosión del bolido andamos casi todos mal del oído.

Agamenón.—Mal medidos, ¡ay!

Periquillo.—La versificación es bastante *premiosa*. Y la idea del cuencillo no tiene novedad.

Percebeta.—No está mal, que digamos, pero no tiene intención malévolá ni benévola de ninguna clase.

Sr. D. E. P.—Pero esos cuentos baturros han de tener muchísima gracia para que no molesten.

Sr. D. D. M.—Son completamente inocentes los epigramitas. Sin perjuicio de que el verso

«todo lo que ve» me aburre»

resulte, además, un poquito largo.

La tía Pola.—Pero ¿qué diablos ha querido usted decir con esas malagueñas? Porque á la siguiente:

«Cuando se reparten palos
entre gordos y entre finos
nunca los lleva don Pablo,
siempre los lleva don Lino.»

no se le ve la punta. Y ¿por qué será malagueña esa, Dios mío?

Sr. D. S. S.—No puede decirse que el suelto de Cuba sea *mudo*, porque eso por sabido se calla, y va á parecer que el de la Península es un charlatán de primera clase.

Altisidora.—Pero ¡caramba! y yo ¿qué le voy á hacer si nada de lo que usted me manda es de la índole del periódico? Aparte de esto, no es raro que á usted no le quepa duda de que son publicables, porque es lo que le sucede á todo el mundo.

Ticlorá... etc., etc.—Sí, señor, me gustan. En cuanto haga un libro pornográfico, con monos y todo, para venderlo secretamente por los cafés, se insertarán en las primeras páginas. Y los estudiantes se van á chupar los dedos.

Lope de Salcedo.—¡Ojalá los versos tuvieran el *sabor* que la carta!

Sr. D. C. E. F.—Hay que huir de esa especie de bohemia literaria, que se va haciendo un poquito cursi.

Fray Cualquiera.—El soneto está bien. Lo que no me gusta es el asunto.

Sr. D. M. E.—Ya se ve que sabe usted hacer esas cosas, lo serio sobre todo. Pero precisamente es de una seriedad que no *encaja* en este periódico.

La del cordelillo.—Cuenta usted las sílabas. Se lo suplico á usted de hinojos ante la veneranda imagen de la Virgen de la Almudena.

Barle.—Preciosos para un álbum. Y que ocuparían dos hojas sobre poco más ó menos.

Leandro.—Puesto que *me vivirá usted eternamente* agradecido por semejante pequeñez, ¿qué me cuesta complacerle? Nada. Allá va:

«A una Matilde yo quiero
blanca como la azucena
con un cabellito rubio
que á mí me quita las penas.»

Y es para quitarlas. Porque un solo cabellito rubio no es cosa que se ve todos los días.

El fotógrafo.—¡Benedicat vos omnipotens Deus! ¡Y cómo os ha engañado el amigo que os ha dicho que le gustaban!

Sr. D. I. M.—¿Quiere usted que le diga la verdad? Pues son muy medianos.

Pepe.—Efectivamente, el pergamino debe ser cosa curiosísima. Pero yo ¿para qué quiero pergaminos? Remítalo usted á la Academia de la Historia, y pasarán los académicos un buen rato.

Uno que no va á Cuba.—Y hace mal, porque allí es donde deben hacerse cantares de esos.

Sr. D. B. S.—Pero ¿y los consonantes? ¿y los asonantes? ¿y la divina gracia?

C. C. C.—No tiene más que una cosa buena: que están bien medidos los versos. De todo lo demás no hablemos.

Oravan.—Pero ¡si no se entiende una palabral!

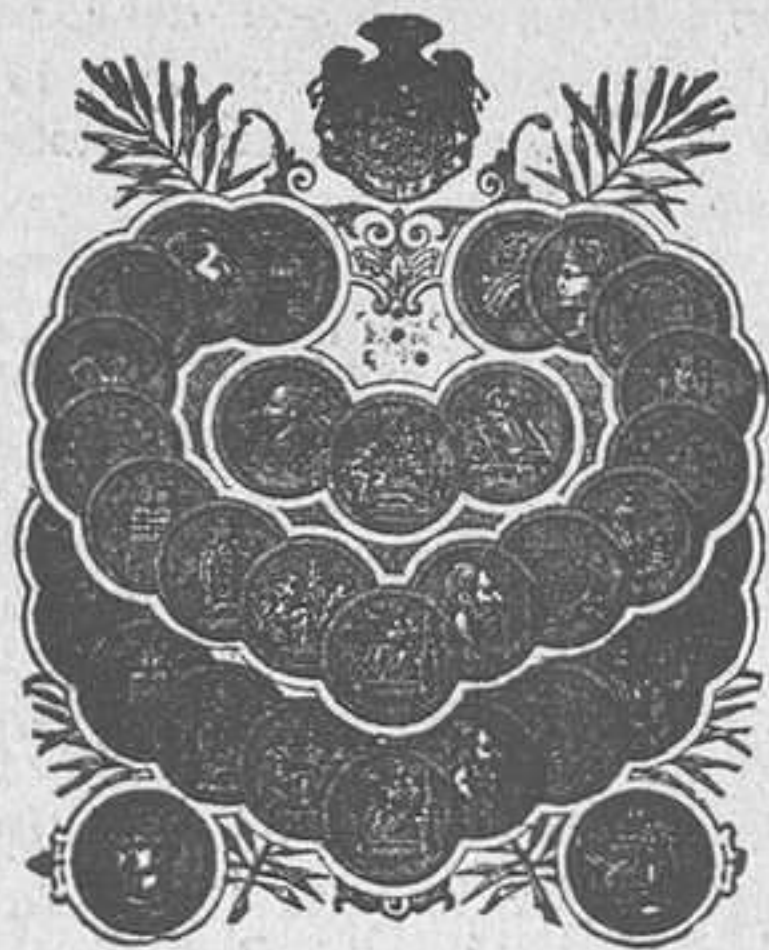
Sr. D. M. P. G.—Son inocentes

y candorosos.

Un llaurador.—Digo lo mismo,

digo lo propio.

La cañamonerá.—Tres eran tres las menudencias, y... ninguna era aprovechable.



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS
9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.
BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA

REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA—MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.º